

JULIE MURPHY

SI EL
ZAPATO
TE
QUEDA

An illustration of a woman and a man standing and facing each other. The woman is on the left, wearing a light blue, sleeveless, high-waisted dress with a white belt and white high-heeled shoes. She has blonde hair styled in a bun. The man is on the right, wearing a dark suit, a white shirt, and a pink tie. He has brown hair and is looking towards the woman. The background is a bright blue sky with two palm trees. The title text is overlaid on the scene.

 Planeta

**SI EL
ZAPATO
TE
QUEDA**

JULIE MURPHY

 Planeta

PRÓLOGO

—Había una vez... —se dijo Cindy, casi susurrando; era una gordita de diez años de edad. Tenía el cabello rubio atado en una desordenada colita y sus mejillas resplandecían con calidez. Se encontraba en el porche delantero, con el mentón sobre la rodilla cubierta con una bandita que mostraba el emoji de caquita sobre una costra particularmente grande— una chica que esperaba a su Príncipe Azul, quien llevaba consigo la carga más preciada, con la esperanza de que si llegaba tarde, sería al menos lo bastante tarde como para que su pizza resultara gratis gracias a la Garantía de Entrega Veloz de Marco's.

Soñaba con muchas cosas, pero hasta arriba de la lista se encontraba la esperanza de que algún día pudiera hacer válida esa garantía para al fin conseguir una pizza gratis. Se había acercado mucho en diferentes ocasiones, pero la victoria siempre quedaba fuera de su alcance.

Un Toyota Yaris blanco cubierto de calcomanías que decían cosas como «Jesús está en camino», «Ponte trucha» y «Mi otro coche es una *TARDIS*» se paró en seco al tiempo que los frenos emitieron un quejido y un delgado chico adolescente en una gastada camiseta de Marco's salió del auto a todo correr con una pizza en la mano.

—¡Ya era hora! —exclamó Cindy mientras se ponía de pie—. ¡Estuviste así de cerca de deberme una pizza gratis, Blake!

Al escuchar su nombre, Blake se tropezó con la acera y la caja de pizza estuvo a punto de salir volando por los aires.

Cindy no pudo evitar horrorizarse ante la idea de su pizza desparramada boca abajo sobre la banqueta.

—¿Llegué a tiempo? —preguntó Blake mientras jadeaba.

Cindy revisó su celular y después lo levantó frente al muchacho para que pudiera ver la hora.

—Apenas —respondió mientras le entregaba el billete de 20 dólares que le había dado su padre.

—Obtendrás tu pizza gratis uno de estos días, Cindy —dijo Blake mientras sacudía la cabeza.

Las mejillas de Cindy se iluminaron con un repentino rubor. Recordaba su nombre. El adorable y mucho mayor muchacho adolescente sabía su nombre. ¿Y la pizza gratis? Bueno, eso pasaría tarde que temprano. Después de todo, era cuestión del destino. La pizza siempre lo era.

Se quedó parada allí, con la cálida caja en sus brazos, mientras Blake se alejaba en su auto; en el instante mismo en que desapareció tras el brumoso horizonte de Burbank, corrió de vuelta a la casa.

—¡Papá! ¡Ya llegó la pizza!

Cyndy y su padre, quienes profesaban como única religión la Noche de Pizza de los Jueves, se sentaron en la sala, para comer la pizza directamente de la caja. Su perro pomerania de 13 años de edad, Mac, empezó a dar vueltas alrededor de la mesa de centro, haciendo ruiditos con la esperanza de que cayera un trozo de pepperoni.

Mac le llevaba tres años a Cindy y, de manera milagrosa, había sobrevivido toda posible complicación médica, a tal grado que el padre de Cindy, Simon, bromeaba acerca de que el perro podría vivir más que él. Mac fue la ofrenda de paz que su padre le ofreció a su madre después de una discusión relacionada con los hijos. Su madre, Ilene, estaba lista para tenerlos; su padre, no. Resultó que un perro no era lo mejor que podías ofrecerle a tu esposa cuando su reloj biológico empezaba a correr. Simon se dio cuenta de su error a la mañana siguiente, cuando descubrió que Mac no solo había destrozado sus mocasines favoritos, sino que también requeriría de una costosa cirugía para extirparle

los trozos de zapato de sus intestinos. Al menos, resultaba poco probable que un bebé se comiera su calzado.

Dos abortos espontáneos y tres años de intentos después, obtuvieron su milagro: Cindy Eleanor Woods. Incluso el Rey Mac le dio la bienvenida con las patitas abiertas. «Es el destino», juró Simon cuando Ilene sostuvo a su bebé por primera vez. Y, a pesar de los años de decepciones y de dolor, Ilene no pudo más que estar de acuerdo.

A Cindy le fascinaba escuchar esta historia. Sabía que era probable que le resultara dolorosa a su padre en infinidad de maneras, pero le encantaba oír cualquier recuerdo relacionado con su madre que no fuera uno propio; ya fuera porque era demasiado joven como para recordarlo o porque había sucedido antes de que naciera. Eran pequeñas gemas sorpresa que Cindy adoraba desenterrar. Era como si su madre siguiera viva en alguna realidad alterna y siguiera creando nuevas anécdotas que la niña pudiera atesorar.

—Cindy, nena —dijo su padre mientras le daba una servilleta—. Tengo... tengo algo importante que hablar contigo.

—Está bien —respondió ella sin dudar. Los adultos siempre decían «importante» cuando , en realidad, querían decir «triste».

—Primero, necesito que sepas que te amo muchísimo. —Sacudió la cabeza y se rio un poco—. Si tu madre estuviera aquí, diría que sueño a un programa de televisión moralizante.

Cindy se movió, incómoda, con una triste pero alentadora sonrisa que le rogaba a su padre que acabara con esto lo más pronto posible.

—Adoro nuestra relación —continuó—. Adoro nuestra vida juntos, incluso si no es como siempre imaginé que sería. Y no quiero que pienses que algo de esto tiene que ver con que esté tratando de cambiar nuestra vida... o a tu madre. Nadie podría tomar su lugar. Eso lo sé a la perfección.

—Papá, solo dilo. Está bien. Solo dilo, por favor —le rogó, recordando el temor que experimentó cuando su padre estaba

tan alterado acerca de lo de su madre que casi no pudo decir las palabras. Ella sabía que su madre había fallecido y lo único que quería era que le diera la noticia con rapidez. Arrancarla como una bandita.

—Conocí a alguien. Alguien que de verdad me agrada.

Cindy asintió mientras le daba una orilla de pizza a Mac en secreto, que sin pensarlo dos veces la escupió al momento de darse cuenta de que no se trataba de un pedazo de pepperoni.

—¿A qué te refieres? ¿Conociste a alguien? ¿En la tienda, quieres decir?

—Es que estoy... estoy saliendo con alguien. Y, de hecho, es algo bastante en serio. —Simon volvió a reírse un poco, como si la noticia lo sorprendiera a él—. Tiene dos hijas más o menos de tu edad. Creo que las tres podrían hacerse buenas amigas. Si... si las cosas funcionan, tendrías las hermanas que siempre quisiste.

Una sensación incómoda revoloteó en el estómago de Cindy. Claro que siempre quiso tener una o dos hermanas, pero eso fue cuando su madre todavía estaba viva y podía hacer que ese sueño se volviera realidad.

—Se me ocurre que tal vez podríamos reunirnos pronto para cenar —dijo su padre.

—¿Aquí? —preguntó Cindy mientras echaba un vistazo a la cocina, donde con tanta facilidad podía recordar a su madre y a su padre mientras cocinaban, discutían, bailaban y hacían todas esas cosas que hacían que la pequeña casa se sintiera como un hogar.

—Bueno, no —respondió mientras observaba la mirada de Cindy—. No si no quieres. Tal vez podríamos empezar en terreno neutro. ¿Quizá en ese lugar de golf miniatura sobre la carretera donde tienen el camión en el que venden esos tacos fabulosos?

Cindy asintió. Su padre había sido su pilar a lo largo de todo esto. Sabía que él también se merecía a alguien en quien

apoyarse, pero la idea de verlo con alguien más... abrazándose, besándose, riéndose, dejándolo todo atrás... Todo eso significaba una sola cosa: que su madre de verdad se había ido.

—Lo tomaremos con calma —dijo al ver que fruncía el ceño con preocupación y ansiedad—. Siempre nos tendremos el uno al otro. Cualquiera otra persona que entre en nuestra vida no será más que la cereza encima del helado.

Cindy sonrió de oreja a oreja.

—Eso me gusta. La cereza encima del helado. —No pudo más que pensar en sus nuevas hermanas potenciales. ¿Eran bonitas? ¿Inteligentes? ¿Delgadas? ¿Graciosas? ¿Desagradables? Cindy contempló su redonda pancita y sus pijamas, que no hacían juego. ¿Les agradaría? Cindy era un poco aislada. Formaba parte de su ADN de hija única.

Simon se recargó en su sillón con un gastado libro de bolsillo en una mano y su Mac sobre el regazo, dejándole el control remoto a Cindy. Ella buscó por los diversos canales hasta que una fila de mujeres relucientes atrapó su mirada. Resultó ser un concurso de belleza, pero estas mujeres no se encontraban sobre un escenario. Estaban frente a un enorme *château* blanco que parecía más un castillo que una casa, con una impactante escalinata que conducía hasta la enorme puerta principal donde podían verse dos torreones, uno a cada lado.

Cada mujer traía puesto un espectacular vestido de noche con tacones perfectos, que hacían parecer que sus piernas no tenían fin. Llevaban vestidos con vuelos y zapatos decorados, algunos con tiras que subían y se enredaban alrededor de los tobillos como zapatillas de ballet y otros tan sencillos y elegantes como algunos autos deportivos.

Un hombre con cabello negro y ondulado, vestido en un pulcro esmoquin, se colocó frente a las mujeres y volteó hacia la cámara.

—Buenas noches y bienvenidos a la premier de la serie *Antes de la medianoche*. Yo soy su anfitrión, Chad Winkle. Esta noche,

tengo el gusto de llevar hasta ustedes el innovador experimento social creado por la productora pionera Erica Tremaine.

Simon levantó la mirada mientras Chad seguía con su presentación.

—Veinticuatro mujeres y un pretendiente más que ideal. ¿Encontrarán el amor antes de que el reloj dé las doce? ¡No se lo pierdan!

La cámara se paseó por la fila de mujeres de nuevo, mostrando el arcoíris de vestidos y zapatos, y Cindy, que estaba absolutamente hechizada, dejó escapar un fuerte suspiro.

—¡Todos esos zapatos!

Simon bajó su libro, perplejo.

—¿Cómo es que logran mantenerse de pie en esas cosas? Algunas parecen tener cuchillos atados a sus pies.

—Son increíbles.

—No tanto como tú —dijo Simon con una risa.

Cindy abrió la boca de par en par con fingida indignación, pero sus mejillas sonrosadas la delataban.

—¡Qué asco, papá! Me refería a sus zapatos.

—Cuando la conocí, tu madre tenía un clóset lleno de zapatos de tacón que jamás usaba —dijo—. Decía que le gustaba la idea de tenerlos.

—¿Cómo? —preguntó Cindy—. ¿De qué estás hablando? Los únicos zapatos elegantes que tuvo mamá fueron esos azules de su boda.

Los zapatos de tacón satinados con la punta estilizada se habían teñido del tono perfecto de azul para el día de su boda, pero con el paso de los años habían perdido el color hasta quedar de un tono blanco apenas azulado. Cindy los guardaba debajo de su cama en la caja en la que habían venido, junto con el guardapelo de su madre, oculto en la punta de uno de ellos.

—Usó esos zapatos para caminar hasta el altar y se los quitó tan pronto inició la ceremonia —Simon sonrió ampliamente—. Tu abuela no estaba nada feliz.

Cindy no sabía mucho acerca de sus abuelos, excepto por el hecho de que los del lado materno eran bastante rígidos y que pensaban que Simon se la había robado del cómodo estilo de vida que pensaban que se merecía.

—Pero también tuvo un montón de zapatos elegantes guardados por allí.

Cindy se dio la vuelta para volver a mirar la televisión.

—Si yo tuviera permiso de usar tacones los usaría a diario, incluso si tuviera que ponérmelos en las manos.

—Lo bueno es que no tienes permiso de usarlos —dijo Simon con un resoplido.

—Algún día —respondió Cindy; su atención se desvió de su padre hacia las despampanantes mujeres alineadas en la pantalla de la televisión—. Algún día.

CAPÍTULO UNO

—Espera un momento —digo—. Esta vez, deja que yo me siente encima de la maleta mientras tú tratas de cerrarla. De todos modos, soy mucho más pesada que tú.

Sierra estira su brazo con un suspiro y la jalo para ponerla de pie.

—Cin, ya hicimos tres viajes a la oficina de correos para mandar tus zapatos a casa. Por favor no mates al mensajero pero... es posible que tengas que dejar algunos de...

—¡No! ¡Ni te atrevas a decirlo, S! —Me dejo caer sobre la maleta con una mueca de fracaso—. ¿Acaso es un delito amar tanto los zapatos? Sé que suena de lo más materialista, pero cada uno de estos pares de zapatos representa un momento importante para mí. Un par para el que ahorré. Un par que compré para salir en una cita. Uno para una boda. Otro para un funeral... E incluso algunos pares que diseñé yo misma. Los zapatos no solo son una obsesión; son el trabajo de mi vida. O solían serlo, al menos.

Sierra se acuclilla y hace un intento más por cerrar los pestillos de la maleta antes de volver a mirarme, con sus negras cejas fruncidas.

—Dígamelo sin rodeos, doctor —le pido.

—Tres pares —responde—. Si puedes deshacerte de tres pares de zapatos existe la posibilidad de que llegues al aeropuerto a tiempo sin que pierdas tu vuelo. Y antes de que digas ni pío sobre subirte en el siguiente, no puedes pagar los cargos adicionales.

Las palabras «pagar» y «cargos» me hacen decidirme.

—Está bien, está bien. —Me pongo de pie y abro la maleta mientras corro los dedos sobre cada tacón, tenis y alpargata. Sobre cada tira de cuero, listón, adorno y piedra. Cada uno de estos zapatos cuenta una historia. No es como si acabara de entrar a una tienda Saks para comprar mi primer par de tacones Manolo Blahnik a precio completo. Esto son años de búsquedas en ventas de liquidación, en eBay, Poshmark e incluso en Craigslist para encontrarlo todo desde Steve Madden, pasando por LuMac, hasta Gucci. Y algunos de ellos son todavía más preciados que eso. Algunos son únicos. Originales de Cindy.

Le entrego a Sierra mis zapatos de charol rojo con tacón gatito de Kate Spade.

—Son los que más te gustan —le digo—, y la verdad es que debí comprarlos medio número más grandes.

Los aprieta contra su pecho y sus ojos empiezan a brillar.

—No puedo aceptarlos —me responde—, pero lo haré.

Me río y lloro un poco. Cuando papá murió, durante mi último año de preparatoria, no pude imaginar cómo sería mi futuro, ni si tendría algún futuro que siquiera valiera la pena imaginar. Casi dejé de lado venir a Nueva York y solo planeé tomar algunas clases en la escuela técnica hasta que pudiera decidir qué hacer después. Lo único que deseaba era cualquier cosa que me pareciera conocida o que me recordara a papá, pero la única familia que tenía en casa eran mi madrastra y mis hermanastras. Y, después, conocí a Sierra; esta niña espontáneamente genial, proveniente de una enorme familia griega, que podía encontrar algo en común con casi cualquier persona. De no ser por Sierra, jamás hubiera sobrevivido en la ciudad de Nueva York. No creo en el destino, pero, si así fuera, tenerla como compañera de cuarto durante mi primer año de universidad hubiera sido lo más cercano al destino que pudiera imaginar. Ahora, apenas una semana después de nuestra graduación, Sierra es parte de mi familia y es el tipo de familia que yo misma elegí. Según mi padre, la familia que eliges es igual

de importante que aquella en la que naces. Si después de cuatro años en la Escuela de Diseño Parsons, Sierra fue lo mejor que obtuve después de tanto esfuerzo, valió toda la pena del mundo. (Y después del desastre que resultó ser mi último semestre, bien podría ser el caso).

Meto mis chanclas de Balenciaga y mis mocasines favoritos de Target dentro de mi bolso y cierro la maleta. (Oye, no todo es sofisticación).

Una notificación hace vibrar a mi teléfono.

—Llegó mi Lyft. —Respiro hondo y trato de no llorar—. Llegó el momento —le anuncio a Sierra.

La acerco y la aprieto con un fuerte abrazo.

—Te quiero, te quiero, te quiero —decimos las dos, una y otra vez.

—Háblame por FaceTime diario —ordena.

—Dos veces al día —le prometo.

—Y esto no es para siempre, ¿de acuerdo? —me exige con desesperación.

Sierra va a quedarse en Nueva York. Su pasantía se convirtió en un trabajo de medio tiempo como asistente de la asistente de la jefa de compras de ropa deportiva femenina en Macy's. Cuando no está haciendo eso, trabaja como barista para lograr que el dinero le rinda hasta fin de mes. Quizá no parezca mucho, pero son planes más sólidos que los que yo pude concretar mientras caía en picada y apenas lograba llegar a la graduación.

Asiento con mi cabeza enterrada en su hombro, incapaz de decir algo sin echarme a llorar.

—Solo tenemos que pensar en nuestros siguientes pasos. Esto de ser niñera es solo para que logres ponerte de pie. Es temporal.

—Temporal.

Nos volvemos a despedir entre lágrimas después de cargar mi baúl, dos maletas y mi equipaje de mano en el coche y me pongo en camino.

—¿Al aeropuerto JFK? —confirma el conductor, tocando la pantalla de un celular y con otro entre su hombro y su cara.

Le hago la señal de pulgares arriba y nos vamos. Quiero rogarle que vaya más despacio para despedirme de esta ciudad y de todos mis lugares favoritos. La parada 1 del tren en la Calle 28. Mi tienda de abarrotes. El gato de mi tienda de abarrotes. Mi sitio predilecto de pollo peruano. La pantalla gigante afuera del Madison Square Garden, siempre encendida. Mi salón de belleza coreano favorito donde tienen las mejores mascarillas faciales. Pero, de manera similar a los últimos cuatro años, todo pasa volando y, antes de que me dé cuenta, ya estoy esperando abordar mi vuelo con solo treinta minutos de sobra.

Corro al puesto de periódicos de la sala de abordar para comprar algunas revistas, pero lo único que tienen son portadas con diversas Kardashians y Sabrina Parker, de modo que compro tres pequeños globos de nieve para los trillizos y una botella de agua. En la sala de espera para abordar, hay un grupo de hombres vestidos de pantalones y blazers que actúan como si alguien quisiera robarse los asientos de clase ejecutiva si ellos no se sientan allí de inmediato. Mi madrastra, Erica, me mandó dinero suficiente para comprarme un boleto en primera clase. Se suponía que era un regalo de graduación, pero, en lugar de ello, usé el dinero para enviar la mayor parte de mi colección de zapatos de un lado al otro del país. Lo más seguro es que Erica hubiera pagado ese gasto, pero no existe ningún libro de texto sobre cómo cultivar una relación con tu madrastra al mismo tiempo que le pides dinero después de la muerte repentina de tu padre.

Cuando papá murió, pasé seis meses viviendo con mi madrastra y mis hermanastras. Aunque ya nos habíamos mudado a la casa de Erica cuando ella y papá se casaron en el verano anterior a mi último año de secundaria, esos seis meses después de su muerte se sintieron como si me hubieran insertado en la vida de alguien más. Erica y sus hijas, Anna y Drew, sabían cómo existir sin papá. Yo... no. Después de irme a la universidad, Erica

empezó a construir una nueva casa que al fin había completado el año pasado. Ahora, el único sitio que era como un hogar para mí estaba en el departamento que acababa de dejar atrás.

Mi teléfono empieza a sonar y supongo que es Sierra, que ya quiere saber cómo estoy, pero no es así.

—Hola —digo.

—Querida —canturrea Erica—. ¿Tuviste problemas en seguridad? Te apuntamos en el programa de documentación preferente. Estos días, el chequeo previo con la administración federal de transporte está casi igual de lleno que la fila real de la TSA.

—La verdad es que casi no vuelo —respondo.

—Los trillizos están que no caben en sí de la emoción. ¿Puedes creer que van a cumplir cuatro años este verano? Voy a mandar al chofer para que te recoja.

—No hay problema, puedo tomar un Lyft —digo, mientras trato de pasar casi de puntitas junto a un grupo de adolescentes en una excursión escolar—. Con permí... —Me logro mantener de pie unos instantes antes de perder el equilibrio y terminar por sostenerme en el descansabrazos de un total desconocido.

Una mano me detiene del brazo para evitar que me caiga y, cuando levanto la mirada, ya estoy casi sentada sobre el regazo de un tipo que bien podría pasar por el Príncipe Azul. Cabello oscuro y ojos castaños con chispas color ámbar, además de un asomo de tono oliváceo en su piel. Nuestras miradas se cruzan y se congelan por un instante.

—¡Un Lyft! —exclama la voz horrorizada de Erica—. La nueva bahía para vehículos compartidos en el aeropuerto de Los Ángeles es un verdadero desastre. Una genuina regresión en evolución. Insisto en que...

—¿Oye, Erica? Lo siento mucho, pero tengo que colgar. Vuelvo a ponerme de pie con las mejillas encendidas.

—¡Lo siento muchísimo! —le digo al Príncipe Azul.

Me deslumbra con una sonrisa y sus dientes son tan blancos que podrían ser *photoshopedos*, excepto que esta es la vida real.

—¡Aaah! —finge gritar en voz baja—. ¡No pises la lava!

Frunzo el ceño mientras intento darle sentido a lo que acaba de decir.

Su sonrisa se apaga un poco.

—Ya sabes... lava. ¿Como cuando eras niña y jugabas a que el piso estaba hecho de lava y tenías que brincar de un cojín a otro?

—¡Aaah, ya veo! Sí, entiendo. Supongo que me gustaba mucho más leer, ¿sabes?

—Yo también leo —dice de inmediato.

—¡No, no! ¡No quise decir que no leyeras! —exclamo, en un intento por salvar la situación.

—Grupo A, es momento de abordar —dice la agente de la sala a través de la estática del intercomunicador.

El Príncipe Azul se pone de pie y, por supuesto, también es alto.

—Me llaman. Bueno, con permiso.

Me doy vuelta.

—¡Cuidado con la lava! —exclamo mientras rodea los asientos donde están formados los demás pasajeros de primera clase.

—¿Cuidado con la lava? —me digo a mí misma.

Detrás de mí, el grupo de adolescentes se empieza a reír.

—Qué fina te viste —me dice una chica blanca con su rizado cabello castaño atado en una colita.

—¿Alguien te preguntó? —respondo molesta mientras camino por el pasillo en espera de que anuncien que mi grupo debe abordar. De inmediato, me siento mal por comportarme como una solterona enojada. Niñas adolescentes sarcásticas e interacciones torpes con príncipes azules de carne y hueso. Algunas cosas nunca cambian.